



Miguel Ángel Asturias, Carlos Solórzano y Carlos Pellicer.

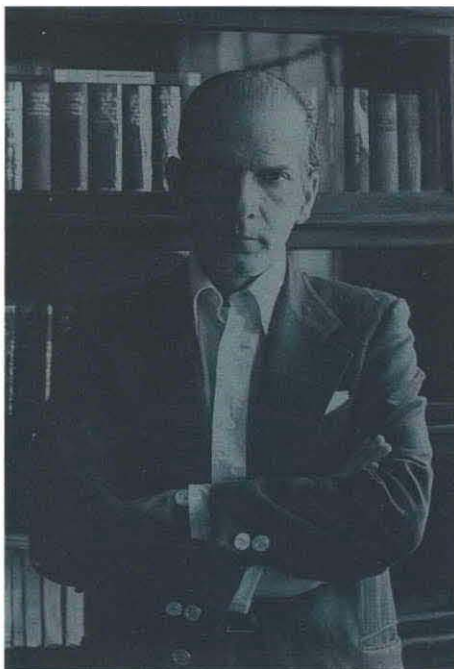
han escenificado en Los Ángeles, Nueva York, en el teatro Vieux Colombier de París, y han sido traducidas al ruso y al húngaro entre otros idiomas. En 1985 es nombrado profesor emérito.

Finalmente, no hay que olvidar que Carlos Solórzano tiene un largo recorrido como investigador. En este rubro he tenido la oportunidad de trabajar con él en un proyecto de investigación: Seminario para la investigación en artes escénicas. Su participación en este proyecto ha beneficiado al grupo que lo forma con su capacidad crítica y su enorme potencial para la síntesis.

Arturo Souto Alabarce

Alicia Correa Pérez

Arturo Souto nació en España, hijo de un famoso pintor español del mismo nombre. Hace varias décadas llegó a México y, afortunadamente para nosotros, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México. Me honro en tener su amistad y su apoyo académico, como los tienen cada alumno, maestro, empleado, funcionario que se acerca a él y le pide su ayuda o su consejo.



Arturo Souto Alabarce.

Es escritor, maestro, consejero, asesor, pero sobre todo es amigo serio, comprometido con su vocación de profesor universitario. Es un humanista, en el sentido clásico de la palabra. Con la humildad que lo caracteriza, explica cuanto se le pregunta, con tranquilidad y entusiasmo; también se apasiona con los temas literarios o los históricos y filosóficos, y, alguna vez, también con los científicos y políticos.

Hay personas desinteresadas que no envidian la posición de otros y que están plenos de conocimientos. Arturo es de éstos. Camina por los pasillos con una aparente calma que, sin duda, envuelve alguna idea o consejo que pueda ofrecer a quien minutos o días antes le solicitó el asesoramiento de un trabajo, o de una tesis o, simplemente, su opinión sobre algún poema, novela o ensayo. Quien recurre a él siempre obtiene una bibliografía, algún dato relevante, un libro prestado —gran problema—, algunas notas y siempre una sonrisa de confianza y aprecio.

Compartimos el trabajo en alguna comisión dictaminadora, y su ecuanimidad y mesura me dieron una gran lección. Cuando empecé a impartir clase en la Facultad, en una charla informal después de una reunión académica me ofreció su amistad de colega y la ayuda que sólo el intelectual desinteresado sabe brindar.

Arturo es, como diría Cervantes, un hombre bueno, maduro, que le gusta deshacer entuertos académicos y que se compromete sin cortapisas con su profesión. Es un idealista, pero sabe plantarse en la realidad para ser justo; es atrevido cuando se trata de defender valores y humilde cuando habla de sí mismo; apasionado cuando elogia lo meritorio y mesurado para calmar los ánimos que tanto se desbordan en nuestra profesión.

Es muy difícil no tener una deuda académica o moral con él, deudas que siempre olvida para seguir ofreciendo más de su riqueza interior.

Sirvan, pues, estas líneas como un agradecimiento de la comunidad universitaria a la alta calidad intelectual y moral de Arturo Souto y al privilegio de contar con su amistad.

Concluyo haciéndome eco de las palabras de Sancho:

Algo se me ha de pegar de la discreción de vuestra merced; que las tierras que de suyo son estériles y secas, cultivándolas vienen a dar buenos frutos; quiero decir que la conversación de vuestra merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído; y con esto espero dar frutos de mí que sean de bendición tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza que vuestra merced ha hecho en el agostado entendimiento mío.